

lo reconocemos. Porque Alfonso Reyes se hace admirar y amar. Bueno..... ¿Hay algo mejor que eso en este mundo?

Benjamín CARRIÓN

"EL NACIONAL".

Revista Mexicana de Cultura.

México, Diciembre 11 de 1955.

APUNTES SOBRE LA POESÍA DE ALFONSO REYES

Alfonso Reyes en la nota inicial de su libro *Huellas* dejó asentado: "Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa". Esto escrito en el año de 1922 revela un propósito que se ha convertido en ideal, pues Alfonso Reyes mantiene su paso de explorador poético. Su fidelidad a la poesía se advierte cuando encontramos dentro de su bibliografía un número notable de libros escritos en verso. Y tal cosa no sería sorprendente si no se le considerara prosista por antonomasia.

Ha ido de prisa, en efecto. A sus inquietudes poliédricas agrega la flor poética no como adorno, sino en forma de capítulo en su historia literaria; capítulo, por cierto, relevante. Para quienes no se han acercado a él con serenidad, puede ser motivo de asombro el descubrir que a la belleza del estilo, a la sazón del pensamiento, a la bondad en los relatos, une otro aspecto: la poesía. Y ésta desenvolviéndose y creciendo de acuerdo con las exigencias del ambiente; sin que esto quiera decir esclavitud a la moda, que sí permeabilidad a la atmósfera cultural. Porque ser consecuente con el medio implica un deber: no sólo la comprensión —antena que capta las modalidades—, también proponer rumbos, señalar caminos, dejar un vestigio que con el tiempo se convierta en signo indeleble.

"Según va la vida, al paso del alma", ha dicho y después de más de treinta años, esta frase adquiere un sentido de verdad cuando cotejamos su obra, pues la conciencia ha estado alerta para no traicionar los proyectos primordiales. Don Alfonso quiso ser poeta y lo es; pensó escribir versos y lo obtuvo; adelantó una promesa y, cumpliéndola, proporciona a las letras nacionales ejemplo de cómo lograr el advenimiento creador.

Su poesía queda entre las señaladas de nuestra lírica.

Hombre de muchas lecturas, como se ha dicho, su postura poética está sujeta a ello. No hay por lo mismo nada criticable. Enterado en demasía, su expresión tiene adherida la sapiencia. La sabiduría le brota de modo espontáneo y pienso que si se propusiera ocultarla perdería personalidad: el conocimiento es parte innata en su perfil de escritor. Inclinado desde temprana edad a los estudios clásicos, ellos le servirán durante toda la vida como referencia; en sus comparaciones el mundo antiguo le da un dato o una insinuación o la base para manifestar, ya dentro de nuestra realidad, lo que siente o admira. No creo en una evasión de lo actual o el abandono de preocupaciones modernas o la vuelta de espaldas a la sensibilidad de hoy. Todo lo contrario: su emoción asocia con rapidez estética hechos y circunstancias que han pasado por su intelecto, que permanecieron en la conciencia como valor artístico. Es, a mi modo de ver, como quien remoza el pasado en las aguas modernas y lo digo sólo en función del tiempo que no bajo la calidad de lo clásico eterno. Así es como en los versos de hace treinta años vemos aparecer nombres de la época clásica—Minerva, Clópe, Egeo, Títiro, Dafnis, Apolo, Leneo—y aun en los poemas recientes no escapa a esta costumbre. De igual manera asoma cierto paganismo, paganismo no por actitud moral, más bien por el regodeo en los bienes de la naturaleza:

Mis labios mojé en vino cordial,
con que al beso doy sabor y salud,
y late en mi sien la savie vernal
de la juventud.

La poesía de Reyes muestra desde sus comienzos gran personalidad. Hallamos en ella notas singulares. Pese a los contactos, tiene en su haber características que la diferencian. Y tal particularidad cruza su obra hasta el fin.

Los cambios expresivos que posteriormente encontramos no empañan su sencillez. Creo que ha buscado siempre esa llaneza,

pero por motivos culturales déjase llevar por la corriente. Y tan es así que el lenguaje coloquial es usado para resolver la idea poética:

Y hete aquí que a la menorcita,
también llamada Flor de Amor,
un garrido galán de amores
en amores la requirió.
Y la niña qué le responde?
Bien oírás lo que respondió.

La nostalgia no gana la partida a don Alfonso. Se sabe defender y adopta recato ante los infortunios. La discreción es seña: no hallaremos en su obra poética lugar para el lloro estruendoso ni para la queja desmedida. No conocemos su dolor al grado que nos haga sentir poseídos por la tragedia. ¿Podría llamarse a esto pulcritud en los sentimientos?

La lumbre de la tarde se apaga. Raudo giro
de imperceptibles pájaros vibra con suave son.
Y un grito, y un sollozo, y un canto, y un suspiro
se ahogan en la tarde como en mi corazón.

Por lo mismo da la impresión de no dejarse caer en la zozobra. Para otro poeta el tema del suicidio o el descubrimiento de la primera cana habríale provocado una reacción destructiva. Reyes que, indiscutiblemente, percibe la trascendencia de tales sucesos no por ello se abandona. Tira de su voluntad y transforma en regocijo el instante funesto. Así acontece en *Oda contenta* y en *Suicidios*. En la inmersión de si mismo no rebasa el límite y parece juego lo que en el fondo es estremecimiento:

Para imitar al Indiferente
de Watteau, resulto sanguíneo
y regordete, y para cubista
me sobran tantas curvas líricas!

Yo soltaré mi secreto un día,
renunciando a todas mis canciones.

No es raro topar con el diálogo. Lo frecuente y se sirve de él para proponer diversos ángulos, o, mejor, para sin recurrir al

planeamiento filosófico, mostrar una inquietud como en *Cuatro soledades* donde tras de resentirse ante el fracaso dice:

—Qué tienes, alma, que gritas
a tu manera y sin voz?
—Los caminos de la vida
no llevan a donde voy.

En ocasiones describe y relata; entonces vemos cómo el lenguaje natural, se va ajustando a las necesidades poéticas. Aires virgilianos llegan hasta su huerto y es cuando un clima de paz se cierne sobre la poesía.

La gama de su expresión es amplia. Pero no ha engolado la voz en un afán de impresionar, que sabe bien que el grito no es, comúnmente, lo rotundo. Existen otros medios que el alma posee. Todo puede decirse depende en el modo. Y hasta por salud espiritual debemos, de cuando en cuando, abrir una sonrisa en medio de las vacilaciones. Reyes ha cultivado el humor en la poesía y esto es desacostumbrado en nuestra lírica tan saturada de quejumbre. El juego viene no como desprecio a la circunspección. Es la habilidad inclinada ante todas las posibilidades;

En las solapas, diamantes,
y rubíes en los senos;
los ojos, aguamarinas;
nácares en... bueno, bueno!

Y otro ejemplo:

Necio el magnate si aspira
a los lauros de la fama,
pues adiós a su soflama
en cuanto la pata estira!

O como en el *Cuento Alemán* que empieza: "A la hora en que el gato salta sobre el tocino" y termina: "Hicieron estos versos cuatro monjes goliardos, de vidas vagabundas si de familias ricas..."

Se solaza en abrir un paréntesis a la gravedad de la vida; se desea, por el momento, sumirse en pensamientos. Pero es neces-

rio notar que ello no significa huida, acobardamiento; es, llana y sencillamente, la atracción por el bullicio. Así se advierte en los poemas *De Helena*, *Llanto de Briseida*, *Penuria en muerte*, *Amor pedante*, *Conscriptos*.

Miremos este ejemplo:

Reina de mis reflejos automáticos,
no sólo de mi mente y mi razón,
resorte de mi cortex y mi tálamo
y coronaria de mi corazón

Mas no es todo esto. Tenía que agregarse la ingenuidad. Si, la contemplación de la infancia excita el sensorio no negándose a trasladar al papel su hábito particular. Típico de ello es *El abuelo*, donde deliciosamente muestra la confesión amorosa y paternal:

—Dinos, viejo galán de
la edad florida:
de tus netezuelas
la preferida?

—Otra lleva la rosa,
Y es tan gallarda!
Fácil es a la risa,
y al lloro, tarda.

Sus sensaciones auditivas dan cabida a la práctica poética. Probablemente otro hubiera abandonado este motivo por considerar lo vacuo, carente de material artístico. Reyes muestra aquí su avidez por todo lo que lo rodea. El artista debe aprehender cualquier dato que hiera sus sentidos para aplicarlo como abono a la tierra poética. De ahí surge un cuarteto que su lectura hace pensar en el dominio del verso. Además, al denominar al poema *Fonética*, está explicando previamente su intención:

Ayer, gritando una muchacha: —Jaime!
desde un balcón, al tiempo que pasé,
sorda la "jota", sólo dijo: —Aime!,
y por engaño de la voz: —Ay me!

La metáfora de este regiomontano describe una parábola. En los comienzos, se sustenta en una comparación sencilla. El empa-

rentamiento de los dos contenidos se efectúa de modo llano. No pretende deslumbrar, la complicación no es de su apetencia. La unidad metafórica no fuerza al lector a que indague las razones o el porqué de esos pareamientos. Es así, naturalmente.

“El cielo tiembla como si fuera un corazón” dice en un poema fechado en 1912. Y esta tesisura se antoja feliz porque hay un equilibrio entre los elementos parangonados, además de despertar la consecuente emoción. “Pureza de cristal el pensamiento” pronuncia en otro poema, éste ya de 1949. La intención metafórica es semejante a 1912: desembocar al cauce de la simplicidad. He aquí los dos puntos equidistantes y apoyados en el mismo plano.

Entre estos extremos existen metáforas que marcan la evolución de Reyes. Ya el cotejo de los elementos se realiza despegándose de la equivalencia material, para sostener la relación por lo que hace al gusto emocional del poeta. O sea que la metáfora se sutiliza, responde al gozo mental del artista más que a la posible correlación entre las partes que la componen:

- a) La Necesidad, maestra de herreros
.....
tan bestial como la coza del asno en la cara de la molinera, y tan
(majestuosa como el cielo.
- b) y en la evaporación de las esquilas
el cielo azul se colma de vocales.
- c) (Era tan azul e intacta
la luz de la madrugada,
que parecía que andabas
sobre la hoja desnuda
de una espada.)
- d) ¿Quién vió temblar nunca en tu vientre
el lucero azul de tu ombligo?
- e) Casas negras—los ojos venecianos—se arrojan sobre el mar a pico,
y, a lomos de la iglesia —telaraña de yodo—, una inmensa red se
(solaza.
- f) Hinchada de domingo, brinca en el frontón la pelota.

No considero que Alfonso Reyes, por inclinación, prefiera el

alambicamiento a la limpidez. Su mentalidad hecha para explicar choca con semejante preferencia. En cualquier libro suyo se palpa la visibilidad de las ideas. Es condición alfonsina la nitidez. Pienso, entonces, en las circunstancias girando en torno del escritor, las lecturas y las preferencias acosándolo y, consecuentemente, la expresión que admite ensayar tal modalidad. Así se explica la escala de imágenes en su acervo. Pero tómese este como inquietud poética porque de preferencia la diafanidad será lo distintivo.

Los temas son varios. No ha sido parco en acometer diversos asuntos bajo tratamiento distinto. Empecemos en el amor.

El amor no adquiere en nuestro artista importancia absoluta. Para obra tan extensa el tema amoroso ocupa lugar reducido. Son pocos los poemas en los que abiertamente lo ataca; por lo general, de modo indirecto llega hasta él. Luego hay un velo que cubre con mesura las manifestaciones a la amada:

O si te esconderás, amontonada
en la gruta de agua de mis sueños?
Tierna la noche, jadeando arrastra
—apenas— una hora.

La delicadeza para plantear el conflicto sentimental es típico en esta poesía. No se desea mostrar al mundo la intención amorosa. No se quiere proclamar ululantemente el dominio del ser amado; pero, tampoco, enseñar debilidad. No la entrega, sí la declaración. Tal hecho tiene salvedades como en los poemas *Esta necesidad . . . A solas*, donde la rendición es indiscutible. La pureza acompaña al sometimiento:

Loada la virtud, amiga mía,
que enlazó para siempre nuestras manos
para más enlazarlas cada día!

La infancia, el amor filial, el amor paterno, los episodios militares, la amistad, son temas tratados por Reyes. Hay por ahí un soneto donde implora a la Divinidad (“Señor, mio Dios, corona de los mundos-rey de la Biblio, voz de los arcanos”) y en cuanto el

tema de la muerte se apunta, de soslayo entra en la poesía con excepción de aquellos versos titulados *Visitación*, pero no se nota desgarramiento, aflicción o inquietud. Prevalece la serenidad cuando habla de la muerte:

Más tiene de caricia que de pena.
Eras alivio y te llamé cadena.
Eras la muerte y te llamé la vida.

El aliento cívico no le es extraño aún cuando no de su predilección. En *la tumba de Juárez* enseña cómo no es indiferente a las corrientes civiles. Escrito en hexámetros españoles sostiene la bizarría necesaria para cantar lo heroico.

Reyes se distingue, entre otras cosas, por el dominio del verso. Sería incomprendible si no hubiese intentado el ejercicio de metros. Imagino que a su expresión atenaceó el poder objetivar las emociones en distintas medidas poéticas. Su cultura clásica lo empuja a recordar los ejemplos que métricamente se consideran definitivos. Sonetos, estrofas con pie quebrado, quintillas, el hexámetro español, sáficos, décimas, romances, sonetos asonantados, versos libres, versos de veinticinco y treinta sílabas, son, entre otros, los vehículos formales de este poeta. Con ellos va levantando su edificio, por ello enseña su calidad expresiva. Algunos romances son de valoración elevada. Los *Sonetos ofrecidos a André Chénier* pueden aparecer en cualquier antología. El poema *A la memoria de Ricardo Güiraldes* impresiona por esa capacidad absorbente que estriba en dejar ir la idea en largos y constantes dísticos.

Un poema de don Alfonso nos pone alerta sobre el léxico. En su afán de precisión recurre a vocablos que normalmente no encontramos en otros poetas. Es natural que cada escritor acuñe un lenguaje. Las incitaciones del medio ambiente son captadas y devueltas por medio de palabras sui géneris. Más aún géneris. Más aún, algunos poetas pasan a la posteridad con el uso de un vocablo que sirve para interpretar su punto de vista peculiar, un estado de ánimo o el plano espiritual de donde arrancan a la concepción de su

mundo poético. Don Alfonso se ayuda de la erudición para completar los medios expresivos. En ciertos casos la urgencia de no repetir la misma voz oríllalo a buscar otra equivalente; pero, en otros, el fenómeno se debe a la adaptación imprescindible de un concepto que, a su entender, es el adecuado. Baste anotar algunas palabras para comprobar lo dicho. Subrayo el vocablo:

- a) este *acallantarme* solo
un instante nada más
- b) brinda el trago sin hiel de los *lotófagos*
- c) y *áinas* que muero
- d) es la *occisión* del amo, que en otro tiempo fué
- e) como la miel más delgada
para *triacá* del veneno
- f) el aire le *agrumaba* la garganta
- g) otro *fastigio* y otra cumbre escalo
- h) su turbadora *vaharada* fría.

He escogido palabras que van desde los primeros versos hasta los últimos, con el fin de atestiguar el empleo en varios momentos de un léxico desacostumbrado que —es sensación personal— no siempre se empareja a lo poético.

En ocasiones aprovecha el recurso de dividir una palabra a efecto de ajustar el número de sílabas del verso; por una parte, y por otra para lograr la consonancia. Aun cuando técnicamente logra su propósito, para algunos quita al poema la seducción que provoca cuando al leerse no demanda esfuerzo. Claro que tal recurso revela seguridad, interés en no dejar sin aplicar nada que sea posible en el verso:

grave dominas, y el seño torvo contráes, y ahuyenta
sorda tu cólera el brío de los guerreros, y grávida
se hincha la tierra en volcanes a tu mandato y violenta—
mente su entraña vomita, para servir tus hazañas